Discurso de Su Santidad Benedicto XVI a los miembros del Pontificio Comité de Ciencias Históricas

Sala dei Papi
Viernes, 7 marzo 2008

Reverendo Monseñor Presidente,
Ilustres Señoras y Señores.

Me alegra poderles dirigir unas palabras de especial saludo y de aprecio por el trabajo que ustedes desarrollan en un campo de gran interés para la vida de la Iglesia. Felicito al señor Presidente y a cada uno de ustedes por el camino que han seguido en estos años.

Como saben, fue León XIII quien, ante una historiografía orientada por el espíritu de su tiempo y hostil a la Iglesia, pronunció la conocida frase: 'Nos no tememos a la publicidad de los documentos', y permitió que la investigación accediera al archivo de la Santa Sede. Al mismo tiempo, creó una Comisión de Cardenales para la promoción de los estudios históricos, que ustedes, estimados profesoras y profesores, pueden considerar como el antecedente del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, del cual son miembros. León XIII estaba convencido de que el estudio y la narración de la auténtica historia de la Iglesia sólo podían favorecer a la Iglesia misma.

Desde entonces, el contexto cultural ha sufrido un profundo cambio. Ya no se trata de hacer frente a una historiografía hostil al cristianismo y a la Iglesia. Hoy la propia historiografía atraviesa una crisis muy seria ya que debe luchar por su supervivencia en una sociedad configurada por el positivismo y el materialismo. Ambas ideologías han provocado un desenfrenado entusiasmo por el progreso que, animado por espectaculares descubrimientos y por éxitos técnicos, a pesar de las desastrosas experiencias del pasado siglo, determina el modo de concebir la vida de amplios sectores de la sociedad. En tal contexto, el pasado se presenta sólo como un oscuro telón de fondo sobre el que resplandecen el presente y el futuro con engañosas promesas. En este marco se inserta todavía la utopía del paraíso terrestre, a pesar de que tal utopía se ha revelado falaz.

Una característica de esta mentalidad es el desinterés por la historia, que se traduce en la marginación de las ciencias históricas. En los lugares donde las fuerzas ideológicas descritas están activas, son desatendidas la investigación histórica y la enseñanza de la historia en la Universidad y en las escuelas de cualquier nivel y grado. Todo ello origina una sociedad que olvida su pasado y, desprovista de los criterios adquiridos con la experiencia, no es capaz de proyectar ni una convivencia armónica ni ofrecer un compromiso común con el que desarrollar objetivos futuros. Una tal sociedad está particularmente expuesta a la manipulación ideológica.

El peligro se acrecienta en la medida en que se enfatiza la historia contemporánea, especialmente cuando las investigaciones en esta área se hallan condicionadas por una metodología inspirada por el positivismo y por la sociología. Son ignorados también ámbitos importantes de la realidad histórica e incluso épocas enteras. A modo de ejemplo, en muchos planes de estudios la enseñanza de la historia sólo comienza a partir de la Revolución francesa. Como consecuencia inevitable de tal planteamiento, la sociedad desconoce su propio pasado y, por lo mismo, está privada de su memoria histórica. Cualquiera podrá advertir la gravedad de tal hecho: del mismo modo que la pérdida de la memoria provoca en el individuo la pérdida de su identidad, análogamente este fenómeno se verifica también en la sociedad considerada en su conjunto.

Es evidente que tal olvido comporta un peligro para la integridad de la naturaleza humana en todas sus dimensiones. La Iglesia, llamada por Dios Creador a defender al hombre y a su humanidad, ama de corazón una cultura histórica auténtica, un efectivo progreso de las ciencias históricas. En efecto, la investigación histórica al más alto nivel, en cualquiera de sus múltiples especialidades, interesa mucho a la Iglesia, porque, aun cuando no sea propiamente historia eclesiástica, el análisis histórico describe siempre el espacio vital donde la Iglesia ha llevado y lleva a cabo su misión a través de los siglos. Es innegable que la vida y la acción eclesial siempre han estado determinadas, facilitadas o dificultadas, por los contextos históricos. La Iglesia no es de este mundo, pero vive en él y para él.

Si ahora consideramos la historia eclesiástica desde el punto de vista teológico, advertimos otro aspecto importante. Su tarea esencial consiste, en efecto, en la compleja misión de indagar y aclarar el proceso de recepción y transmisión (la *paralépsis* y la *parádosis*), por medio de las cuales se sustancia, en el transcurso de los siglos, la razón de ser de la Iglesia. Es indudable que la Iglesia inspira sus decisiones tomando cuenta de su plurisecular tesoro de experiencias y de memorias.

Deseo, por ello, ilustres miembros del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, alentarles de todo corazón a empeñarse, como lo han hecho hasta ahora, al servicio de la Santa Sede, esforzándose por alcanzar los objetivos señalados, manteniendo un continuo y meritorio empeño en la investigación y en la enseñanza. Deseo que, en sinergia con la actividad de otros colegas serios y autorizados, puedan alcanzar eficazmente los más arduos objetivos que ustedes se han propuesto y contribuyan, de este modo, a una ciencia histórica siempre más auténtica.

Con estos sentimientos, y asegurándoles un recuerdo en mi oración por ustedes y por el delicado empeño que les ocupa, imparto a todos una especial Bendición Apostólica.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana. Se publica con la debida autorización. Traducción de *Anuario de Historia de la Iglesia*.